

MARRUECOS O EL TIEMPO TRANSMUTADO

La posibilidad de cambiar de forma inmediata de un espacio-tiempo a otro, esa especie de telequinesia temporal, ha sido un deseo mítico de gran parte de la humanidad. Transmutar el momento y lugar, y aparecer sin gran esfuerzo, en otros totalmente diferentes.

Eso, lo he conseguido tras apenas 55 minutos de avión, durante mis cinco días de vacación en Marruecos.

Té eterno, fuerte, aromático. El vaso siempre lleno, embriagador. El laberinto inescrutable de la medina y sus colores. Tiendas siamesas. Hablar en español, árabe y francés, buscando el tacto y el aroma en las palabras. La artesanía inmóvil, fingiendo el calor de la vida.

Eso es Tánger.



La doctora Aurora Guerra en Tánger

La luz tenue de la aurora avanza entre los agujeros de las persianas de madera de mi suite del Gran Hotel Villa de Francia, junto a la habitación 35, aquella en la que Matisse pintó el paisaje azul y blanco, abierta solo para los

que son capaces de soñar. Me levanto perezosa, abro los postigos, y veo lo mismo que veía el pintor cada mañana: el cielo protector, el mar que juega con la orilla, y al fondo, la sombra de España, ahí, tan cerca.

Tengo ganas de golpear la pared: ¿estas ahí?

Me llega el olor de su pintura, su tos, su mirada.

Y el sol avanza para los dos.

-Bon jour madame.

Nos espera Chefchaouen (Chauen), la ciudad azul, de calles estrechas y en cuesta. Las fotos salen solas: la plaza de Uta al-Hammam, la Alcazaba y la Mezquita, igual desde el medioevo. Azul por todas partes, pero siempre distinto. Sonrisas de piel morena donde los dientes destacan como joyas reservadas. Y compro. Claro. Colchas azules, porque sería un pecado jugar con otro color.



El doctor Joan Escalas y la doctora Aurora Guerra en Chefchaoun

Unos pocos Km más me llevan a Tetuán. La paloma blanca. Patrimonio de la humanidad. Recostada en la montaña, mostrando el milagro de un sol que no consigue broncearla.

El tiempo se ha evaporado sin darme cuenta de que tengo hambre. Ya es tarde en casi todos los restaurantes. Finalmente nos acoge El Reducto, palacio de dorados y espejos, semillero de amabilidad y cortesía, donde comemos un maravilloso Cuscús, típico plato bereber, junto a un Árbol de Navidad. El contraste es parte imprescindible del menú.



La doctora Aurora Guerra y el doctor Joan Escalas en El Reducto, Tetuán

Assilah bordea al mar, enganchadas sus casas unas con otras, como una cadena de siencio y blancura. Los suelos, las paredes, el interior, rezuman arte y cultura. Encuentro sorprendentes pinturas, que me hablan, y las entiendo en el lenguaje universal del arte.

Y tantas sensaciones que aún me brotan del borde de las pestañas.

Alguien dijo una vez que los días buenos no dejan huella.

No es verdad. No diré que arman estruendo, pero se graban con punzón en el área de la felicidad.

Como éste maravilloso viaje.